

LA POLÍTICA COMO UN DEBER

Nueva conducta del intelectual

Los propios intelectuales se reprocharon después del conflicto bélico mundial estallado hace veinte años haber descuidado su compromiso para con la sociedad, haber dado la espalda al hombre real por entregarse al mero juego de ideas, imágenes y símbolos del pensamiento abstracto y la poesía pura, haber “traicionado” —ésta es la palabra usada por Julien Benda— su misión esclarecedora, magisterial y didáctica y el ministerio moral de su conducta pública. Aquél fue un examen de conciencia, no la acusación de un fiscal en un proceso jurídico. El resultado de dicha actitud no se le ha ocultado a nadie: los intelectuales, una mayoría de los cuales fueron indiferentes ante el auge fascista, complacientes con los aplausos del liberalismo capitalista, débiles ante las promesas paradisíacas del comunismo, se alzaron, esta vez casi unánimemente, contra todo lo que en la política significara explotación humana, avasallamiento de las conciencias, persecución del que piensa, y en lo social y económico se definieron por la transformación de las estructuras que el egoísmo y la codicia de los liberales por conveniencia habían interesadamente confundido con la democracia. El intelectual *engagede* hoy es una patente muestra del individuo que, con la razón o la inspiración, no sólo crea y discurre sobre sus temas exclusivos, en vista a la obtención de la belleza o de la verdad, sino que procede en su vida como un ciudadano que milita en la causa popular y combate por un mundo mejor, más justo.

Ignorar este vuelco de la posición del intelectual contemporáneo es saber las cosas a medias. Y difundir esta ciencia incompleta a través de un diario —de un diario cuyo planteamiento económico-social se dirige a proteger privilegios y fortunas— es tratar de engañar. No se puede afirmar, sin rubor por lo menos, que el intelectual se adhiere a las doctri-

nas sociales avanzadas porque es pedante, o ingenuo, o caprichoso. El éxito es más fácil poniéndose al servicio de los poderosos, sirviéndolos o adulándolos. Cientos de intelectuales en el mundo moderno sufren, en cambio, por no ceder, la sospecha policial, la investigación de sus conciencias, el desplazamiento de su talento, debido simplemente a que denuncian, con idéntica valentía, que está mal discriminar a los negros, ejercer el colonialismo, gobernar para unos cuantos, de un lado, y limitar o impedir la libre expresión, enviar tanques para acallar una revuelta, organizar campos de concentración y tortura, de otro. Son los intelectuales los que han advertido a los gobernantes del crimen sin igual que sería una guerra atómica y los que les han reclamado el empleo de la energía nuclear en beneficio de la humanidad entera. Con ese mismo espíritu generoso, los intelectuales del mundo —y en especial los de los países subdesarrollados por causa de la hegemonía terrateniente o el imperialismo— se han definido contra el manchesterianismo pasado de moda, que los políticos astutos pretenden siempre disfrazar de democracia.

Pero los intelectuales saben bien qué es la democracia. Saben, por ende, que no es únicamente un sistema político representativo, sino una equitativa organización social y una justa repartición de la riqueza. Todo lo que diga el autor de *Llegaron las lluvias* (novela mediocre como todas las que él firma), a quien se cita como una autoridad, y todo lo que resentido segregue cierto vocero de los reaccionarios de Francia (¡que también los hay!), a quien se acude en busca de munición contra la inteligencia independiente, no destruirá una verdad tan cabal y rotunda. Una verdad que se anunció en el albor de la cultura occidental, como principio esencial del cristianismo, y que perdura como la más tenaz, heroica y trascendental aspiración de quienes pensaron y piensan antes en el hombre como espíritu en sí mismos como apetitos y concupiscencias.

Publicado en *La Prensa*, 20 de octubre de 1959, p. 2.

Una ideología en estado salvaje

Como dice Jean-Paul Sartre, hay países a los que mantiene en el atraso la vigencia, ininterrumpidamente postulada, de una “ideología en estado salvaje”. Se refiere a la existencia de uno o varios esquemas que proponen la sujeción de la vida de un pueblo a cierta servidumbre fatal, sin la cual el destino es el caos o la muerte. Se dice, por ejemplo, “sin estaño no hay país”, o “sin azúcar no hay posibilidad de riqueza”, o algo semejante. La repetición de la fórmula, bajo el disfraz de diversos textos, la introduce en la conciencia colectiva de tal modo que lo que es una simple teoría se torna un destino. Escapar de ese hechizo falaz, de esa especie de encantamiento que traba la libertad, es —ha sido siempre— dar un paso hacia la historia.

Nuestro país ha sido víctima de tales “ideologías en estado salvaje” durante gran parte de su transcurso como nación. La independencia, precisamente, significó la plena y concreta refutación de un pensamiento según el cual no estábamos preparados para funcionar como república y cuya causa todavía no deja de golpearnos circunstancialmente. El error de esa absurda tesis se ha demostrado con los hechos: pese a todas sus peripecias, la república ha sido para nuestra patria, y para toda la América Latina, un camino proyectado hacia la progresiva afirmación de nuestra autonomía, de nuestra realidad como ser. Las ataduras coloniales han durado. Sacudirse de ellas no ha resultado fácil. Pero lamentablemente, seguramente también, la nación ha vislumbrado su puesto en el concierto mundial. La emergencia de otras comunidades en otros continentes confirma el aserto de que liberarse es arrancar de la conciencia adormilada o engañada las ideas erróneas que mantienen a una colectividad en el inmovilismo.

¿Cómo es posible —puede preguntarse— que haya quienes fomenten la ideología que maniat a todo un pueblo? Viven de dicha falacia grandes intereses y conveniencias, y su permanencia o duración constituyen el seguro de vida que a sí mismos se otorgan los privilegiados. Para romper la fórmula que impide marchar se requiere de la denuncia a viva voz, valiente y decidida, que despierta a la nación del sueño heredado, del yerro recibido de generación en generación. A los países en los cuales se afirma que sólo la exportación es fuente de progreso se debe decir que el progreso está precisamente en la autosuficiencia económica (que encarna la industria), en la independencia que decide que son los consumidores los que producen y viceversa.

Una de las formas ideológicas que Sartre ha denominado “en estado salvaje” es la que nos niega el derecho a creer y a querer que el petróleo peruano sea del Perú. Son los beneficiarios del poder extranjero los que contestan esa tesis nacionalista con la monserga de que en nuestras manos la administración de esa riqueza será nociva y los que para impedir la gran reconquista acuden a toda clase de artilugios, desde las enrevesadas disquisiciones de editorial hasta la calumnia desembozada. Hay, sin embargo, una ley histórica que se cumple inevitablemente: los pueblos llegan un día a saber cuál es la verdad y van sin temores a ella. Se puede, decía Lincoln, engañar a todos algún tiempo; pero jamás a todos, todo el tiempo.

Publicado en *El Comercio*, 12 de septiembre de 1960, p. 2.

La alternativa del burgués

Hay gentes de la burguesía que se dan cuenta de que la injusticia en que está fundada la sociedad no puede prevalecer y que la marcha ascendente del socialismo, tal como están las cosas en la mayoría de los países capitalistas y mucho más aún en aquellos de la periferia semicolonial, resulta incontenible. Uno halla esa clase de personas con frecuencia. Se interesan por conocer lo que postulamos los hombres de la izquierda, lo que ocurre en los países en donde ha sido reemplazado el sistema liberal, el futuro que le está reservado a la humanidad en evolución hacia las formas comunitarias y colectivistas de vida. Sin embargo, las mismas gentes, pese a esa conciencia secreta que asoma en la penumbra de sus dudas, concluyen por soplar sobre la luz y existir a ciegas, a la espera del fin que se prometen, como el pobre rey francés el diluvio, para después de sus días.

En 1879, con el advenimiento de la burguesía, surgió la revolución, la emergencia del pueblo. La toma del poder por los burgueses y, luego, años más tarde, con el desarrollo industrial, su afirmación en la dirección estatal para asegurar las grandes ganancias a costa de la miseria de los trabajadores, ahogó en la clase que sustituyó a los señores feudales el original espíritu libertario. En el siglo XIX, *belle époque* de la burguesía industrial e imperialista, en el corazón de los descendientes de aquellos que echaron por tierra fueros y coronas se había instalado la misma arbitrariedad conservadora, el mismo espíritu autocrático, el mismo absolutísimo cerrado de los viejos señores del castillo propietarios de vidas y haciendas. Vidas y haciendas que para las burguesías europeas del siglo pasado se habían convertido en obreros baratos y productos caros. Sin embargo, del meollo sano de esta clase, descrita siempre como de obesos sibaritas e irresistibles *cocottes*, surgió su antítesis: la doctrina socialista.

La burguesía europea se ha dado maña para aplazar, luego del estallido popular de octubre de 1917 en Rusia, el ímpetu revolucionario. Se ha vuelto flexible, ha hecho concesiones, ha maniobrado con una habilidad de sierpe. En los países del margen colonial y semicolonial, por la condición subordinada de la burguesía criolla con respecto al poder imperialista monopolizador, esos movimientos no han sido posibles. Cualquier cesión de privilegios, cualquier actitud que admitiera la presión popular, cualquier apertura a la socialización, hubiera redundado en una quiebra aparatosa de todo el sistema pues habría impedido aquel mejoramiento de las masas trabajadoras en los países desarrollados, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc. Entre nosotros la burguesía se mantuvo en la rígida actitud de explotador que tipificó a la de Europa en la anterior centuria. Y parece que la situación no tiene remedio visible.

De las burguesías latinoamericanas, aun de los grupos que la integran que comprenden racionalmente —como lo hemos anotado al comenzar esta nota— que la injusticia sostiene la estructura que les es congénita, no hay que esperar nada. La salida para aquel callejón se llama revolución. Es decir, transformación total del sistema económico-social, pasando del liberalismo al socialismo. Es lo que ha sucedido en Cuba. Es lo que tendrá que suceder, en cada caso de acuerdo a las peculiaridades de cada país, en todo el continente mestizo atado al grillete de los yanquis. Las buenas personas que apagan en su intimidad la incertidumbre no postergan la venida de la hora cero, hora de los pueblos, hora de los trabajadores.

Así ha sucedido en buena parte de Asia. Así está sucediendo en África. La encrucijada en que se encuentran los señores del azúcar, el café, la banana, el cobre, el estaño, la carne, y los señores de la banca agobiante y sus cuentas del gran comercio, no pueden dormir tranquilos. Su alternativa es terrible: o se hacen el haraquiri, como los samuráis del Japón feudal, deponiendo en absoluto, totalmente, sus privilegios, o la ola de la historia se los llevará consigo mientras sus párpados embotados fingen un paraíso artificial.

Publicado en *Libertad*, 28 de febrero de 1962, p. 5.

La derecha y el resentimiento

Se llama derecha, o sea, se denominan partidos del orden, a hombres y agrupaciones que han dividido a la humanidad, con un criterio maniqueo, en dos sectores: el del bien y el del mal. El carácter de ambos es considerado absoluto. Tal absolutismo proviene de una rígida concepción del mundo, de valores considerados absurdamente eternos e invariables. Tras dichos “valores” se ocultan privilegios (de raza, de linaje, de ventaja económica, de dominio político) a los cuales, dentro de una escala inflexible, se les tiene por derechos. Toda suerte de rebeldía contra dichos “valores” y contra privilegios y derechos consecuentes, de parte de las mayorías explotadas, movidas por una nueva doctrina (como el socialismo) o por una nueva conciencia (como el antiimperialismo o el anticolonialismo) es calificada, desde el punto de vista de las camarillas favorecidas por un sistema que excluye a las masas de la justicia y el bienestar, como expresión del mal.

Ahora bien, la derecha política, económica y social tiene una especie de comando: los empresarios, los latifundistas, los politiqueros, los burócratas de alto nivel, y posee también su cauda, compuesta por quienes reciben, de la mesa del festín de los privilegiados, unas ciertas sobras, que no por ser tal cosa dejan de implicar un premio en dinero y prerrogativas con relación al nivel general del resto de un país. Hay, pues, dos modos de llegar a ser derechista. El primero por pertenecer a las castas adineradas. El segundo por depender de la “generosidad” de aquéllas. El resentimiento de los que están incluidos, por nacimiento o asunción, en las castas, se acuña en el miedo al cambio y a la pérdida de los privilegios y goces propios de su posición en la cúspide de la pirámide social. La discriminación y la represión son los instrumentos que emplea la derecha de ese nivel para combatir la emergencia popular dialéctica en

su esencia. “El cholo huele mal”, “el obrero es bruto”, “las masas sólo entienden el lenguaje de los palos”, “quieren los izquierdistas el caos”, etc., son algunas de las fórmulas con que se expresa el terror a la caída de un orden que no es, por cierto, el Orden.

El resentimiento de los otros derechistas, los subordinados de los primeros, se expresa en la ejecución de esa voluntad que segrega y castiga toda negación del oprobioso sistema. Estos son los que acusan el mal olor y quieren confinarlo; los que verifican la no demostrada inteligencia del trabajador, los que redactan las leyes antipopulares, los que propinan los palos, los que colocan los diques a la revolución (que no es caos, sino renovación), y son, además, los que escriben en los periódicos con pretensiones doctrinarias agitando las banderas falaces de la democracia burguesa en apoyo de los regímenes arbitrarios, los que en los tribunales trabajan para el beneficio de una empresa contra sus modestos servidores, los que en el despacho ministerial se ocupan de detener con la autoridad del Estado las reclamaciones que afectan la situación de los plutócratas. Así hacen méritos para acceder a la casta, a la cual ingresarán después de una amplia foja de servicios y una cuenta corriente, o propiedades, o acciones.

El resentimiento de la derecha no admite conciliación. Es ambición, es concupiscencia, es pánico, es por todo ello, crueldad. Los amos quieren precaver sus intereses materiales, que aprecian como heredad o como conquista de su esfuerzo, aunque reposen en el hambre de miles o millones, apelando a la falsa verdad absoluta. Los sirvientes, generalmente incapaces para triunfar sin el padrinazgo de aquellos amos, aspiran a que la falaz certeza del orden inamovible continúe para poder un día alcanzarla. El resentimiento de un tipo y otro de derechismo es egoísta: atiende sólo a la felicidad individual y prescinde de la sociedad y la solidaridad en que su progreso uniforme se sustenta. Pertenece a la psicología de la caverna, al esclavismo, a la humanidad anterior a la presencia de las masas como protagonistas de la historia. Por eso se la llama retrógrada, no como insulto sino como definición.

Publicado en *Libertad*, 23 de agosto de 1961, p. 5.

El capitalismo fabrica hambre

La explosión demográfica en el mundo entero, pero en especial en los países subdesarrollados, preocupa a los sociólogos. Josué de Castro, autor de la *Geografía del hambre* y ex Presidente de la FAO, está entregado desde hace muchos años al estudio de este problema y sus consecuencias, y a la lucha contra el crecimiento, no tanto de la población universal, sino de la subalimentación. Anuncia el estudioso brasileño el probable conflicto entre las dos terceras partes hambrientas del orbe y el tercio bien nutrido. Refutado el “malthusianismo” (al cual denuncia como doctrina al servicio del imperialismo inglés), se impone un solo remedio a esa guerra de los estómagos vacíos y los estómagos repletos: la justa repartición del pan, la reorganización socioeconómica de las estructuras capitalistas, la incorporación de toda la humanidad a la mesa suficiente. El control de la natalidad es un sistema inhumano y falaz. Los hindúes respondieron a los británicos, cuando éstos les quisieron imponer esa limitación, con una frase memorable: “Ustedes quieren que, para que no nos muramos de hambre, dejemos de nacer”.

Pero Josué de Castro va más lejos aún. Sostiene, en sus últimas publicaciones y conferencias, que no es el aumento de la población el que produce el hambre, sino que es el hambre, por el contrario, el que determina el aumento de la población. Son tres las razones que avalan este aserto. La primera, de carácter biológico: una alimentación pobre en proteínas crea, por diversos factores hormonales, una mayor fecundidad. Los pueblos que se nutren de carne y pescado muestran un índice normal de natalidad (el caso de los esquimales es el que mejor ilustra la situación). En segundo lugar se señala una razón psicológica: el hombre cuyo nivel de vida es infranormal, que carece de toda clase de posibilidades fuera del hogar (generalmente una choza, una vivienda precaria, un

refugio que, siendo paupérrimo, es por lo menos cálido), se multiplica movido por el instinto incontrolado, tal como se embriaga en la taberna. Por último, se da la razón social: más hijos son más mano de obra, son más salarios, son más esperanzas que se ensayan en el afán de salir de la miseria. Detrás de todo está el hambre. Y detrás del hambre, el sistema capitalista.

El Perú —bien lo sabemos— se halla entre esas dos terceras partes del mundo que padecen del hambre. Se trata de un “hambre gris” o un “hambre crónico”, que consiste en no ingerir el mínimum de proteínas, carbohidratos, sales minerales, calorías, etc., necesarias para existir normalmente, aunque el estómago se llene, como entre los indígenas de nuestra sierra, con cierto género de productos. Nadie muere directamente de hambre. Todos, en cambio, agonizan, presas de la anemia, el raquitismo, las enfermedades lentas, etc., en una especie de multitudinario estertor. Hay dólares en el Banco de la Reserva, pero no hay pan para la inmensa mayoría de los trabajadores y de los económicamente, por causa de la estructura feudal que todavía persiste, inactivos. La población crece indetenible. El alimento decrece. El Perú hambriento es un Perú indefenso, inerme, física y moralmente —no se olvide— debilitado. Los patriotes no tienen argumentos contra esta verdad.

El censo, sin duda, nos dará una idea de hasta qué punto está cargada de dinamita la cuestión demográfica peruana. Los datos, que deberán ser dados a conocer a la opinión pública en cuanto se hallen expresados en cifras, deberán decirnos, como lo dice Josué de Castro —macartizado también por la prensa reaccionaria de Lima—, cómo ha fracasado el capitalismo aquí, coludido como está con el feudalismo colonial, con la penetración imperialista, con el monopolio absorbente, con el aparato de explotación que favorece a una minoría insensible a la desgracia ajena y ciega para advertir los nubarrones que asoman en el horizonte.

Publicado en *Libertad*, 12 de julio de 1961, p. 5.

La lucidez de los intelectuales

La campaña de los liberales criollos se enfila ahora contra los intelectuales. Se les acusa, entre otras cosas, de querer mandar, de aspirar a ordenar el mundo de acuerdo a sus caprichos. El comentarista que hace algunos días, en la página editorial del diario del régimen ha, fatigosamente, redactado un artículo de refutación a la inteligencia, ha confundido la previsión de los hombres de pensamiento con la voluntad de poder y las ideas que evidencian la inevitable transformación del orden social con arbitrariedades. No es extraño semejante caos en el juicio de quien pertenece a un grupo que es colono mental de su jefe periodístico y de quien, por ende, no sabe pensar por cuenta propia. Los hechos de la historia lo contradicen ampliamente. El candoroso articulista se pregunta, al parecer parodiando un texto considerado por él como infalible, cómo es posible que hayan intelectuales que propugnen la planificación cuando no hay un solo país en donde ésta haya producido resultados “compatibles con la dignidad humana”, según sus propias palabras.

Aparte de que la afirmación es falsa (hay planificación en los países escandinavos, en Francia, en Israel, en Costa Rica, etc.), abandonar las ideas que esplenden con la luz de la verdad porque todavía no se han impuesto es actitud contraria al espíritu. ¿Cómo sería la historia del mundo si los cristianos, por ejemplo, hubieran dejado su fe simplemente porque en un momento dado el cristianismo no se había impuesto en ningún lugar de la tierra? ¿Qué habría sucedido si los enciclopedistas se hubieran considerado errados por la razón de que, antes de la revolución, su ideología no era aplicada en ningún punto del orbe? ¿Cuál habría sido el destino de la humanidad, en fin, si ante cada trance del transcurso humano los pensadores se hubieran planteado semejante interrogante paralizador? El hombre ha avanzado porque, conducido

por sus intelectuales, ha conquistado, siempre contra los obstáculos del dogma reaccionario, verdades que lo acercaron a la gran verdad, la de la justicia y el bienestar general. Y contra la intolerancia, contra la antiinteligencia, como Galileo, ha habido quien ha dicho: “¡Pero se mueve!”. Nadie podrá condenar, porque los hechos darán la razón a las ideas renovadoras, esta conducta valiente y precursora.

En cuanto a la dignidad humana, el colono mental de su jefe periodístico es aún más ingenuo. ¿Puede alguna persona con dos dedos de frente decir sin rubor que el liberalismo, la economía libre, el régimen del dólar caro, etc., han producido resultados “compatibles con la dignidad humana? Ahí están los millones de miserables, de hambrientos, de analfabetos, de víctimas de condiciones infrahumanas de vida, como testimonio irrefutable de que el liberalismo ha ofendido, en primer lugar, la dignidad del hombre. No se necesita ser intelectual para verificar esta realidad concreta y trágica. Lo inteligente, por cierto, es ver más allá de este triste estado de cosas y concluir que sólo organizando las naciones dentro de un plan que ponga coto al enriquecimiento de unos pocos a costa de las grandes masas puede lograrse la justicia que se ofrece como meta de la existencia social. La lucidez de los intelectuales llevará al mundo a ordenar la economía en el sentido de establecer el bien común. Así ha sido siempre y, salvo los interesados en mantener una organización explotadora o los que carecen de las facultades mentales indispensables para remontarse por sobre el presente, así lo quiere la humanidad que marcha hacia un día cuya fecha constituirá un triunfo del hombre y una derrota del egoísmo humano.

Publicado en *El Comercio*, 17 de abril de 1960, p. 2.

La verdad que ya viene

La derecha —que carece de doctrina puesto que no es una interpretación del mundo y el hombre sino simplemente la vociferación defensiva de una clase— es, por esencia, incoherente. Su contradicción ideológica se corresponde perfectamente con su inescrupulosidad, con su capacidad de maniobra, con su disposición, para fingir, retroceder, simular, mentir, traicionar, etc. No dirige su conducta ningún principio, ni filosófico ni, por supuesto, moral. Es mercader en cuanto la mueve el lucro y la inspira la codicia. Está formada por aquellos burgueses de los que León Bloy —un católico, bueno es advertir— decía que temen morir como perros pero no vivir como cerdos, y cuyo mejor elogio lo expresa esa frase que denuncia la vehemencia posesiva de su índole: “hay que tener un corazón de oro”. En el Perú, en América Latina, en el mundo subdesarrollado, esa derecha y esa burguesía carecen inclusive del *savoir vivre* y el refinamiento de los de la metrópoli europea. Son las nuestras sólo minorías sensualizadas, corruptas, ignorantes. ¿Pruebas? Mirad su derrochadora entrega a los placeres cuando todo un país sufre, mirad su insaciable sed de poder que sacrifica personas, valores, ideas, instituciones; mirad, en fin, su absoluto desapego a la cultura integral y su devoción por lo hechizo, sensiblero y fútil. En vano algunos críticos, que no han calado hasta la raíz del problema, se quejan de que dichos millonarios no tengan buenos cuadros en su casa, gocen con un cine y una televisión chabacanas, no adquieran libros (si no es como adorno) ni lean textos de ciencia o literatura. La burguesía es como es, y no la cambiará nada.

Pero, por sobre todo —repito— es incoherente. Y es en lo político —y en la política electoral— donde mejor se distingue la falta de congruencia de la derecha burguesa. Casi todos los sectores en los que se alinea (desde el aprismo hasta el belaundismo) postulan el liberalismo

económico. Es decir, la libre empresa, ese antiprincipio que propone que el tiburón capitalista o feudal se trague a la sardina trabajadora a la vista y paciencia de un policía que dirige un tránsito abstracto, imaginario. Pero todos esos sectores, al mismo tiempo, agitan mentirosamente las banderas de la “reforma agraria”, por ejemplo, que es un rechazo tajante del libreempresismo. Bien sabemos que cuando Odría o Cornejo, pongamos por caso, se refieren a la “reforma agraria”, piensan en resguardar las propiedades gamonales y latifundistas de los Gildemeister, los Proaño, los Aspillaga, los Grace, los De la Piedra, los Lomellini, etc., y usan las palabras desollándolas de su contenido legítimo y embutiendo en ellas un concepto falaz. Mas la incoherencia queda en pie: ¿cómo se puede ser derechista y tocar, aunque sea levemente, en forma aún tangencial, la propiedad agraria privada, nacida precisamente del concepto del libre juego de las fuerzas económicas, es decir, propiciar una intervención estatal en la competencia? No cabe semejante posición, lógicamente hablando, pero impudicamente la adoptan nuestros derechistas en su baile electoral de disfraces. Lo mismo ocurre con la nacionalización de la energía: Belaúnde, como Odría y Haya, pide, un poco temeroso de agraviar al amo yanqui, la recuperación de los yacimientos, como si los yacimientos no fueran, por derecho natural y constitucionalmente peruanos, nacionales. Usan un término izquierdista —“nacionalización”— para afirmar algo que no está en debate, y la mañosa incongruencia intenta así ser contrabandeada. Los demócratas cristianos, liberales vergonzantes, añaden a esa falsedad el proyecto de la sociedad mixta; esa especie de centauro en el que la parte del bruto terminará comiéndose a la humana, y gracias a lo cual el país cederá a la usurpación y el latrocinio de la compañía imperialista.

Haya y sus seguidores escriben en las paredes, merced a equipos bien rentados de pintores de brocha gorda con plantillas y todo, consignas demagógicas que le será imposible cumplir desde su actual y definitiva postura liberal y libreempresista: “educación gratuita”, “industrialización”, “vivienda popular” y, por supuesto, “reforma agraria”. ¿Todo ello (se pregunta uno) con libre mercado de divisas, con términos de intercambio perjudiciales al Perú, con monopolios financieros? Imposible. Belaúnde es más cauto; simula que dice algo, y no lo dice: “carretera marginal”, “mestizaje de la economía”, “esperanto del crédito” y otras fórmulas oscuras y no poco ridículas. Odría habla de hechos, pero para ello se queda en las palabras. ¿Sus hechos? Seguridad Social —menciona—, pero Seguridad Social que no apunta a la socialización de la medi-

cina y que es, por esto, una expresión que tras un postizo humanismo denuncia su sentido limosnero, de escarnecedora beneficencia. En fin, las aseveraciones parecen negar el derechismo fundamental de estas candidaturas burguesas, y por tanto son embustes. La incoherencia de que hablamos ha sido, en la mayoría de los casos, planeada con fines inmediatos, para sembrar la confusión.

Sólo la izquierda —y en ella principalmente, el socialprogresismo— enuncia objetivos básicos que emanan de la doctrina, que no se explican sino por la doctrina, que constituyen la única realización de la doctrina. Esta estricta correlación entre lo que se piensa y lo que se dice se llama, además, revolución. Nos han contado que un oligarca, ante un grupo de sus congéneres de clase, dijo: “No hay que jugar con los socialprogresistas. Si llegan al poder, harán lo que dicen. Esos no bromean...”. Es enorgullecedor ser políticamente aludido en estos términos. Los demás bromean. Es decir, gesticulan, remedan, danzan, gritan, como el actor en la comedia. Luego, terminada la función, se desempolvarán el rostro, se quitarán los colores, se despojarán de sus ropajes de escena. Como los histriones del tablado esos políticos son contradictorios, con la diferencia de que cuando actúan no crean como aquéllos. Al contrario, destruyen o quieren destruir la verdad que ya viene.

Donde se lee la revolución

En la tempestad de informaciones periodísticas de estos días, tan ahíta de malintencionadas vaguedades y de irresponsables conjeturas, una tragedia, que arroja luz acerca de la tenebrosa realidad social en la que vive el Perú, ha pasado si no inadvertida por lo menos amenguada en lo que de testimonio sobre el país tiene. Una pobre mujer, abandonada por su esposo, lanzó al abismo a sus tres hijos y luego se suicidó. Uno de ellos, como ella misma, padecía de tuberculosis. Hay un elemento melodramático y sentimental en el suceso, y es el que explotaron las crónicas rojas. Pero hay ahí también una realidad honda y cruda. Esa desdichada madre, víctima del hambre, la enfermedad, la desesperación y, por cierto, por todo esto, del consecuente desequilibrio mental, representa claramente, con las más negras tintas de la truculencia, hasta qué punto el desamparo del ser humano es total y definitivo en esta sociedad hipócrita, que se golpea el pecho en el templo y goza farisaicamente de las posibilidades rentables de la pobreza popular, basada en el individualismo y la democracia formal.

Si una mujer y tres hijos que han sido abandonados no encuentran entre nosotros, no digo protección, sino simplemente trabajo, y quedaran en la miseria librados a esa quiebra general del ser que lleva al filicidio y al suicidio, los que dirigen esta comunidad están descalificados como gobernantes. Existen cientos de casos semejantes, y existen los casos no menos patéticos de los niños mendigos, de los ex hombres que arrastran su degeneración, ya perdida toda dignidad; de los que eligen el propio holocausto en el vicio y el crimen, de los que se sienten basura y concluyen por ser —como acontece en las barriadas más sórdidas— basura trashumante. La burguesía se contenta, y contenta eso que llama “conciencia moral”, con la limosna centavera, con la beneficencia ridícula,

con la seguridad social burocrática, con su estúpida ideología de “la vida es así” y “la ley natural” y “el premio para otro mundo”, etc., abastecida por una doctrina a la que han sustraído el inconformismo y han sumado la idolatría.

El que se esté quieto —o se mueva pero para acomodar su persona al sistema que quita a todos los hombres lo que es de todos los hombres: los medios que producen la riqueza y la riqueza misma— es cómplice de un genocidio. Y el político que señala a aquellos que aspiran a transformar la sociedad en una organización sin privilegiados, sacando de su horror a los horrorizados y despojando a los holgados su holgura, como “peligrosos”, o “disociadores” o “comunistas”, es también un cómplice. No hay “conciencia moral” que soporte esta culpabilidad más general, la que convierte al indiferente, al mercader, al sensualizado, al ambicioso de poder para sí y los suyos, en el asesino que empuja a la madre con sus hijos al precipicio, que hambrea al niño vagabundo en las calles, que pone el alcohol en boca del desengañado, etc.

Para ser socialista en el Perú, en América, en Asia, en África, no hace falta leer libros, no. Los libros, en puridad de verdad, explican el cuadro y proporcionan la única salida —la revolucionaria— para la situación. Es preciso solamente mirar en derredor, detener la vista ante esas imágenes dantescas que nos cercan, aproximarse un poco a la “corte de los milagros” que el capitalismo colonialista funda vecina a sus pompas, examinar al paso la deforme realidad que la burguesía egoísta despliega en la ciudad y en el campo. Ahí escritos están los indicios del cataclismo, que los titulares escandalosos y las informaciones de rutinario sadismo ofrecen como episodios fugaces. El comienzo de ese adoctrinamiento espontáneo es asco. Luego, rebeldía. Enseguida conciencia revolucionaria. ¿Qué puede detener, señor Ministro de Gobierno, esta fuerza terrible que, en el fondo, quiere restaurar un orden auroral, una justicia y un bienestar que si no estuvieron al principio están necesariamente al cabo de toda la pasión de la humanidad?

Publicado en *Libertad*, 9 de mayo de 1962, p. 12.

Fórmulas contra el destino

Una de las maneras más eficaces de confundir ideológicamente es echar a rodar determinadas fórmulas o recetas generales que repetidas hasta el cansancio, reiteradas al infinito, machacadas una y mil veces —y convertidas así en clisés que, en las mentes perezosas, reemplazan a las ideas—, ocultan totalmente la realidad de la cual ellas emanan, pues ésta y aquéllas, como es lógico, son dinámicas, están en permanente desarrollo, se condicionan a innumerables circunstancias de variadas duración. El liberalismo criollo insiste, por ejemplo, en que “libre empresa” es sinónimo de democracia y planificación de dictadura. A despecho de la resplandeciente verdad histórica, la fórmula es todos los días repetida, a propósito de cualquier cosa. No importa a quienes sustentan semejante tesis sin fundamento la existencia de dictaduras acérrimas en las que prevalece el principio de *laissez-faire* (en América y en Europa), ni la presencia de una planificación económica amplia en democracias indisputables. La técnica de la receta obstinada se basa en un principio cierto y monstruoso: miente, miente, que algo queda.

El hecho no sería grave sino tuviera dos caracteres peligrosos: de un lado, el abuso del poder suasorio de la letra impresa que cuotidianamente el hombre común devora a primera hora, con las iniciales impresiones del día, y de otro, el propósito que determina la campaña, o sea, lograr que la ciudadanía acepte un estado de cosas social y económicamente injusto y desconozca que el mecanismo de la “libre empresa” está íntegramente concebido —en especial entre nosotros, en una comunidad subdesarrollada— para el beneficio de una minoría todopoderosa y concupiscente. Porque negar que sin planificación —el cronista prefiere el uso de este supuesto barbarismo a la continuación de la barbarie social que su concepto pretende destruir—, librado el país a las conveniencias

oligárquicas de índole totalmente egoísta, lo que se preserva son los principios de fortuna. Los dos caracteres dañinos de la pertinacia en la difusión de los *slogans* hacen a quienes los emplean responsables ante la historia, cuyo tribunal es inapelable.

Claro que para quien rinde culto al presentismo esta última perspectiva no interesa mayormente. Sólo una conciencia muy clara del deber personal de cada uno ante su tiempo y su sociedad procura la noción de que todo lo que uno hace en el orden público trasciende más allá del hoy, de la esfera actual, porque la acción humana implica el espíritu. Y el espíritu es eterno. No se diga que aquellas fórmulas proceden de convicciones y que, por tanto, no comprometen este aspecto del ser. Son, ante todo, contrarias a los hechos. Basta para verificarlo hacer unas pocas preguntas: ¿con la economía de la “libre empresa” (en las democracias y en las dictaduras que las practican), se ha destruido acaso esa miseria desgarradora de las “barriadas”? ¿No se ha fomentado, por el contrario, sobre todo en los países subdesarrollados, el goce hedonístico de bienes infinitos por unos pocos y la carencia de lo más elemental para las masas? ¿No se ha dado pábulo con ese sistema económico-social a la sucia mercantilización de servicios públicos de beneficio general como la educación, la vivienda, la salud pública, la alimentación, el transporte, etc.? El Perú es, después de una década de liberalismo, un buen ejemplo de la crisis a la que conduce la falta de un plan y de un estado serio que lo emprenda.

Algún día las generaciones demandarán a los peruanos del presente por lo que hicieron y por lo que dejaron de hacer. En esas fórmulas o recetas hechizas que hoy un sector periodístico —el de la exportación— difunde, hallarán esos hombres del mañana la explicación de muchas de las frustraciones del país en esta época en la cual debiera, mediante la organización renovadora, haberse puesto a la vanguardia del continente, y ello por su libertad, por su felicidad, por su destino histórico.

Publicado en *El Comercio*, 7 de abril de 1960, p. 2.

Una generación ante el conflicto

Los hombres que hemos pasado los treinta años, y aun los que bordean esa edad, hemos vivido, ahítos de esperanza, dos experimentos democráticos: el de 1945 y el de 1956. Generación angustiada la nuestra, su sueño ha sido vario y complejo, y a cada paso, en la sordidez de la dictadura y en el trance trémolo de la constitucionalidad, hemos padecido, y padecemos, la prueba de querer vivir de acuerdo a nuestros principios, contra las circunstancias externas que amenazan nuestras convicciones y las instituciones que las encarnan. Además, hemos tenido temprana conciencia de que el Perú, por causas de índole múltiple, no marchaba al compás de la historia universal, y que la miseria, la injusticia, el padecimiento, la incultura y el caos social reinaban aquí por razón de la incapacidad creadora de los políticos de oficio, cuyo mando emanó casi siempre del favor de los poderosos y de los ricos. Dos experimentos democráticos nos encontraron, quien más, quien menos, en la primera línea de la lucha contra el viejo régimen de la arbitrariedad y el capricho absolutistas.

No vamos ahora a analizar detenidamente el porqué del fracaso de 1945-48, pero podemos ponernos a pensar en lo que va de 1956 a la fecha, ahora que —hay que decirlo claramente— cunde en la opinión la idea de que la institucionalidad cruje. El sonido de esta crisis es la voz que circula pronosticando, interesadamente o de buena fe, que la Democracia está a punto de frustrarse, que es preciso un cambio radical de hombres y métodos. Para decirlo con expresión propia de la situación, cuando el “golpismo” se manifiesta en una especie de tenaz convocatoria anónima. En 1956 parece haber habido dos tipos de libertadores: unos que ansiaban simplemente una variación formal, de los nombres de las personas que conducían al país, una especie de posta del poder —para lo cual adoptaron frases y actitudes, programas y consignas, como

un disfraz de la ambición—, y otros que sinceramente elevaron su lema de renovación radical como un llamado a la vida jurídica y al trabajo por el progreso nacional, que es justicia y bienestar para todos. Entre los primeros y los segundos hubo en aquella ocasión electoral, y hay, por ello, ahora, diferencias en el enjuiciamiento del instante político.

Los que asumieron la actitud renovadora sólo con el objeto de obtener una posición en el poder y no, repitámoslo, con el fin de recuperar el régimen de derecho, dentro del cual es posible el bienestar y la cultura, lo consiguieron o no lo consiguieron. Y al cabo de un tiempo he aquí el saldo: políticos que aprovechan su investidura para medrar en provecho propio, con olvido del país profundo que espera la transformación, y políticos desplazados que intentan socavar las bases en que se sustentan sus adversarios para obtener lo que antes no pudieron, a los cuales acompañan regocijadamente los servidores de las dictaduras, los favoritos de las camarillas de los mandones tradicionales. Y, en torno a éstos, unos y otros, el clima de crisis económica y social que se agudiza y que sólo será conjurada con la honestidad y entrega laboriosa de los gobernantes y la cooperación austera de los gobernados. He aquí las dos fuerzas entre las que nos encontramos los hombres de esta generación que, tanto el 45 cuanto el 56, tomamos la bandera democrática con fe y calor desinteresados.

¿Qué tenemos que hacer ante este conflicto? No podemos, de ninguna manera, hacernos partidarios del régimen actual, cuya esencia y sentido está muy lejos del ideal que aspiramos; ni podemos, tampoco, sumarnos al reclamo faccioso de quienes, paradójicamente, piden la destrucción de las instituciones. Y en tanto los dos bandos disputan, manobran, trafican o conspiran, se incuba —¿quién no lo ve?— una tormenta que el hambre, como un caballo apocalíptico, comanda. Ante este conflicto, los hombres de esta generación se han quedado perplejos: no participan del convite politiquero, ni están a la espera del salto hacia el poder. Confían aún en la Democracia y no son ciegos a la explosiva miseria que reina por doquier. Estamos en un momento crucial y de la decisión que tomemos —que no traicionará nuestros principios, si todavía estamos limpios— dependerá nuestro lugar en la memoria de la patria, en la historia.

Publicado en *La Prensa*, 8 de septiembre de 1958, p. 8.

“Matanza libre”

Eso del establecimiento de la “matanza libre” es muy significativo. Sólo faltaba la puntilla que, con las recientes alzas, se le acaba de aplicar al pueblo peruano para que aquella expresión fuera el exacto calificativo que merece la política económica que, desde la toma del poder por los exportadores —a través de Odría—, viene hambreado a la mayoría nacional. ¿Para qué usar otro nombre y otra definición de los efectos que la opresión oligárquica produce en el país? Ni “libre comercio”, ni “libre economía”, ni “liberalismo”, etc., se adecuan mejor a lo que se han propuesto los despiadados dirigentes de la plutocracia que la expresión “matanza libre”. El apelativo les ha salido del fondo del alma.

Que la carne suba de precio, que la gasolina aumente en un cien por ciento, que el pan se reduzca de tamaño, que la vida encarezca y los salarios queden congelados, etc., no es otra cosa que “matanza libre”. A eso aspiran los partidarios del descontrol: a que el pobre trabajador, el sufrido empleado, el tesorero profesional, la ciudadanía productora en suma, sean víctimas de una agresión que necesariamente ha de tener carácter mortal. Porque el Perú —lo dicen las estadísticas, lo proclaman los especialistas, lo reiteran los técnicos de aquí y de afuera— es un país que padece de hambre, cuyo subdesarrollo está en pavorosa proporción inversa al acrecentamiento acelerado de su población, y quien hambrea al hambriento, basado en un falaz concepto de libertad, ejerce sin duda la “matanza libre”.

¡Con cuánto regocijo los órganos del descontrolismo han celebrado el establecimiento de la “matanza libre”, que no es sólo la entrega de la carne a los caprichos de la especulación, sino, además, otra vuelta de tuerca en el estómago del pobre ciudadano sin latifundios, sin minas, sin dólares, que vive de su trabajo! Y no es para menos. Han culminado así la

obra que emprendieron hace diez años, cuando, tras el cuartelazo subsidiado, organizaron la economía del país en su exclusivo provecho. “Matanza libre” es la fórmula en que se ha hecho evidencia el objetivo final de los teóricos del descontrol. Ellos mismos han bautizado su criatura.

Publicado en *Libertad*, 13 de agosto de 1959, p. 5

Ideologías: nacionalidad y universalidad

Ninguna falacia tan grande, entre las muchas que las candidaturas y partidos ahora, en competencia electoral echan a rodar, que aquella que atribuye a ideologías y doctrinas una nacionalidad. O al revés, que recortan de aquello que es producto del pensamiento humano lo que lo hace más trascendental: su universalidad. Universalidad, además, por sobre el espacio y el tiempo. Hablar de “ideas foráneas” y “doctrinas importadas”, o referirse —lo que es lo mismo— a “El Perú como doctrina” o a “lo nacional como sistema filosófico-político” constituye no sólo una negación de la ecumenidad de la mente humana y sus lucubraciones, sino que es, de hecho, una trampa para que caigan, mordiendo el anzuelo chauvinista, los intonsos. En ambos casos, el dirigente o intelectual que consiente con semejante embuste es culpable de grave estafa moral.

La propia idea de nacionalidad es, en último análisis, una convención. Si bien es cierto que hay pueblos y agrupaciones de pueblos que tienen un origen común, coparticipan de costumbres y modos de vida, tienen un destino que sólo puede realizarse mediante la cooperación, etc., el progreso intelectual y técnico del mundo ha comenzado a pasar por sobre las fronteras un borrador de comunicaciones frecuentes e internacionalizantes. Lo que antes unía la lenta nave que atravesaba, colmada de noticias que el puerto recibía ya rancias, los vastos mares, está ahora tan cerca, como lo están la voz y el oído en la directa transmisión de hombre a hombre. Así van de una antípoda a otra la información de una catástrofe, de un éxito científico, de una nueva droga contra el mal pertinaz. La historia, a la postre, ha concluido por lograr que en Pekín y Lima, en París y Johannesburgo, en

Helsinki y Hawai, habiten los mismos hombres, los que tienen por ideal al Hombre libre y dichoso. La nacionalidad será dentro de muy poco solamente una jurisdicción administrativa.

Lo primero que siempre recorrió de un cabo a otro el orbe, incluso antes de las galeras, fueron las ideas sistematizadas y teleológicas; cuando Pablo de Tarso habló a los griegos del cristianismo es probable que sólo los estúpidos le reprocharan importar doctrinas extranjeras, y cuando Tomás de Aquino o Agustín de Hipona adecuaban Aristóteles y Platón respectivamente al evangelio de Cristo, es indudable que nadie —salvo algún bárbaro todavía en proceso de romanización— se atrevió a considerarlos dos agentes de ideologías foráneas. Los ejemplos pueden multiplicarse: Adán Smith, Ricardo, Hume, todo el filosofismo liberal, ¿no hicieron las democracias burguesas, incluida la tan lamentable muestra? ¿Thoreau, con su “resistencia civil”, y Gandhi con su “no-violencia”, norteamericano el uno, hindú el otro, no influyen acaso en los postulados del moderno pacifismo? ¿Qué leen y difunden, si no son ideas francesas, Unanue y los “Amanes del País” entre los inquietos criollos de nuestra independencia? ¿Qué inspira a Bolívar y San Martín en su gesta liberadora sino la bibliografía del liberalismo norteamericano, las palabras de Jefferson, Franklin y Payne? ¿No está Lincoln en el fondo de la acción de Castilla y aun de la de Piérola, como Bakunin y Kropotkin se hallan en las catilinarias de González Prada?

Al belaudismo, a su jefe y a sus dirigentes pregunto si es honesto que ellos propongan ahora la historia del Perú, que es una crónica —heroica y brillante, sí, pero crónica al fin y al cabo— como fuente de doctrina, rechazando todo el resto, en una especie de autarquía ideológica fascista, como extraño a la realidad nacional. Ninguno de dichos señores ignora que tanto el socialismo cuanto en el zen budista, el luteranismo cuanto el kantismo, el anarquismo cuanto el quietismo, etc., son ideologías universales porque se ocupan del hombre, su vida, su origen y su sentido, y que por consecuencia pueden regir (no digo, ¡atención!, que sean verdad ni que aporten una solución a la problemática nacional y mundial) para el Perú y para la Indonesia.

Sé que es inútil en estos tiempos debatir nada en el terreno de los principios, y menos aún con resentidos y fanáticos, pero corro el albur y propongo el tema para una controversia pública. Los partidarios de la ideología local deberán exponerla, explicarla y defenderla sin recurrir a ningún elemento ideológico “foráneo”. Les doy una ven-

taja: pueden usar la lógica formal (que no fue inventada en el Perú), el idioma español que importaron al país los conquistadores y los hallazgos arqueológicos y antropológicos sobre las culturas prehispánicas descubiertos por estudiosos extranjeros (de Uhle a Bennett). No creo que ganaré por sabio sino simplemente porque mis adversarios —los difusos difusores de la falacia de las ideologías y las doctrinas con nacionalidad— no podrán en la discusión, abrir la boca.

Publicado en *Libertad*, 30 de mayo de 1962, p. 12.

Municipios y democracia

En la crisis de las instituciones peruanas hay un síntoma que evidencia el profundo arraigo del mal: la eliminación del gobierno municipal. Nos hemos acostumbrado a pensar los términos municipales como simplemente administrativos y a causa de esta falsa conceptualización atribuir a la función legislativa la promoción de la obra edil. Se nos ha habituado a pensar en el alcalde como en el señor (o la señora) que se ocupa de que la ciudad esté limpia, la fuente tenga agua o el jardín florezca, lo cual no es menos falaz que la absurda creencia de que el diputado debe interesarse exclusivamente por la construcción del monumento al prócer o por el reemplazo de la campana parroquial.

Y ni primero es la principal tarea municipal ni lo segundo es asunto parlamentario. Los romanos llamaban *municipium* a la ciudad que no obstante estar sometida al Imperio gozaba de los mismos derechos que la capital y se regía por sus propias leyes. La etimología ilustra la semántica castellana del vocablo: la ciudad regida por sus propios pobladores, gobernada por la voluntad de quienes la conforman. Si los gobernantes municipales surgen por mandato de los ciudadanos, dichas propias leyes, dicha autonomía, se cumple a la posible perfección. Se trata, en último término, de la democracia desde abajo. Escribo este “desde abajo” a propósito de la democracia y sé que incurro en la repetición ociosa. Toda democracia viene del fondo de la masa, del pueblo. Toda democracia, en verdad, comienza por el municipio. Es lo que la ciencia política contemporánea denomina “gobierno local”.

¿Qué otro sentido, a fin de cuentas, tiene la palabra “provincia” que el de la libre asociación de las ciudades, de los municipios? *Pro vincere*, para vencer, decían los romanos, se unifican los gobiernos locales, los pobladores de una zona y otra. Y en esa unión, el consentimiento lo da la

asamblea de los habitantes de una localidad pequeña o vasta, rica o pobre, semejante o diferente a las demás. Desde el villorrio y la aldea hasta la urbe, el régimen municipal establece la trama vital de una nación, como imagen social del vegetal que absorbe por sus raíces el aliento de su vida. Matar esa nutrición es matar el organismo, ahogarlo. El que segó el régimen municipal en el Perú, segó, en su fuente misma la democracia y la consecuente institucionalización.

Es un deber inmediato subsanar este disturbio fundamental y restablecer la verdadera municipalidad. Con el respaldo popular, dueño de un mando, el concejo más insignificante podrá emprender, mancomunadamente con el gobierno político central, la misión de desarrollo que nadie duda es la primera que corresponde al régimen que se inicia el próximo 28 de julio. En cada vocero municipal se oirá, ya no la voz del funcionario obsecuente, temeroso de la subrogación ministerial y obligado por ello a danzar al son que le tocan, sino la de sus electores de la base auténticamente popular. Y en cada acto y cada actitud, el burgomaestre o el concejal comprometerá la reafirmación o el repudio periódicos de los suyos. La dignidad que da de una parte, la condición representativa, y la directa responsabilidad, de otra, del representante ante su comunidad, son los factores que garantizan la eficacia del edil de origen democrático.

Ya no más, pues, la alcaldía-adorno, la alcaldía-condecoración, la alcaldía-lujo. Y no más, por supuesto, la alcaldía ocupada únicamente en labores burocráticas y administrativas, estática o decorativa y tampoco, por lógica consecuencia, el escamoteo legislativo en la obra de ornato pueblerino en que tantos parlamentarios distrajeron hasta hoy sus afanes y sus celos. Municipio, Parlamento, Poder Ejecutivo, entonces, estarán relacionados por la autoridad que en los tres proviene del mismo manantial y, por tanto, se complementa en una suerte de tejido, al que sí se puede llamar cosa pública, república.

La política como un deber

Con motivo de un reciente premio literario un redactor de *La Prensa* se acercó al autor de estas líneas. Con lo que resultó luego una fingida gentileza, y aparentemente, por encima de la diferencia ideológica, expresó su felicitación, pero añadió una frase de intención censoria: “Estás en tu lugar... En la literatura”. Borró, pues, con el codo lo que hizo con la mano. La posición de esta persona es digna de comentario. Plantea nuevamente el viejo tema de literatura y deber social, de literatura y vida, de literatura y conducta. Si el que esto escribe está en la política no es, por cierto, por vocación. Es por algo más obligatorio e ineludible: por deber. Si fuera francés, o inglés, o norteamericano, no dejaría, como es lógico, de tener una filiación, pero se dedicaría plenamente a la creación, que es el llamado profundo y entrañable de su espíritu. En los países desarrollados, el escritor (novelista, poeta, dramaturgo) tiene un terreno propio: dice en sus obras lo que piensa del mundo. En los países subdesarrollados, en donde reina la total miseria como hija de la explotación y en los cuales, además, el poder extranjero penetra como una fuerza que niega la independencia y niega, en consecuencia, la nacionalidad, ese terreno es mucho más amplio pues todos los valores individuales y colectivos se hallan directamente amenazados y en peligro. Debe denunciar, por eso, la injusticia, aun a costa de su éxito intelectual, de su economía y su libertad, de su dicha personal. Más que la razón, es la sensibilidad la que clama en su sangre por la patria y el pueblo es su substancia.

Estoy en mi lugar, señor, no lo dude. Lo he querido estar siempre, desde niño, cuando me di cuenta que algo marchaba mal y busqué ansiosamente la causa de ese gran defecto que, en mí y en la mayoría de los peruanos, frustraba tanta verdad limpia, tanta esperanza pura. Me equivoqué al principio, lo reconozco. Reconozco mis errores porque ésa es

una manera de salvarse. Pero siempre estuve con las causas que creí nobles: contra la dictadura, contra el sistema capitalista, contra lo que funda el miedo y la disolución (la miseria, la guerra, la indiferencia egoísta, etc.). Luché por Bustamante y Rivero, pedí la amnistía contra los perseguidos y desterrados (guardo una carta de Manuel Seoane en que me agradece un artículo publicado al respecto durante el régimen de Odría), reclamé reiteradamente, donde pude, una mejor y más justa organización social y económica. Cuando la dictadura asaltó *La Prensa*, en donde, yo trabajaba sin haber abandonado en ningún momento el socialprogresismo, al cual pertencí desde su fundación (1955), fui a la cárcel enfrentándome con los soplones cara a cara (lo consignó *Caretas*) y escribí pidiendo la libertad de Beltrán. En ese artículo, desafiante para el gobierno de la época, expresé meridianamente que era, como sigo siendo, izquierdista. Me equivoqué con Beltrán, quien, caído Odría, su enemigo personal, mostró el verdadero fin de su campaña: controlar el gobierno para ponerlo al servicio de su clase. Pude quedarme en el diario de Baquíjano, ser uno de los privilegiados de la “convivencia”, tragarme el horror como una pildora, y vivir bien. La literatura me ha dado muchas satisfacciones y me las sigue dando. El Perú, América Latina, el mundo hambriento, son para mí, sin embargo, motivos que justifican que continúe en la creación y esté, a la vez, en la trinchera política. Mi conciencia está tranquila. Miro con la frente alta y diviso, en el horizonte, el advenimiento del mundo socialista humanista de paz, bienestar y progreso.

El que dijo la frase que aquí se comenta y el que firma este breve artículo están en su lugar, no quepa de ello la menor duda. Fue aquél dirigente universitario, huelguista de hambre e inconforme en su edad estudiantil. Estuvo en la política siempre. Él es derechista; el cronista, hombre de izquierda. No existen los indiferentes (abogados, escritores o lo que fuere) porque, como dice un flamante aserto, “si uno no se ocupa de la política, la política se ocupa de uno”. En el Perú, no obstante, la posición que se adopte derecha o izquierda determina, al mismo tiempo, comodidad o sacrificio respectivamente. Vendrá la hora de la verdad y cada cual responderá ante la historia. Ésta nunca absolvió a los que intentaron detenerla.